

ORIENTEMOS LA REVOLUCION

Cuando se produce una convulsión revolucionaria en cualquier época de la historia, están presentes diversas fuerzas que tienden a encauzarla por las sendas propias de sus doctrinas. Son las minorías revolucionarias, que aparecen como artífices del futuro, imprimiendo rumbo a los acontecimientos. Al espíritu del pueblo, formado en años y siglos de régimen esclavista, elevado al plano revolucionario por la propaganda subversiva, impulsado hacia realizaciones más o menos avanzadas, se suma la influencia decisiva del momento mismo de la Revolución. En este momento, correspondo a aquellas tendencias que excitan el afán transformador en las multitudes, una acción mucho más difícil que el puramente crítica, pues las circunstancias les exigen crear, edificar, substituir lo derrumbado por una nueva estructura social.

Si un pueblo ha recogido, por su temperamento, por el poder de captación desarrollado por infinitas luchas y experiencias, ciertas ideas como guías de su acción, si ha hecho carne en su corazón y en su cerebro una determinada ideología revolucionaria, solamente el fracaso de esas ideas en su aplicación durante el período reconstitutivo, motivará el apartamiento de ese pueblo y su elección de soluciones distintas. Se ha repetido ya incontables veces que una Revolución que no resuelva los problemas permanentes del alimento y de la salud del pueblo, lleva en sí el germen de su fracaso. Aunque no es verdad absoluta ni aplicable a todas las revoluciones populares, la afirmación contiene un significado profundo. Todas las teorías elaboradas con vistas a establecer un nuevo orden social, han de llegar a un momento en que los hechos dictan sentencias irrefragables sobre la posibilidad de convertirlos en realidad. ¡Ay de la fuerza revolucionaria que enfrentada a ese instante supremo, demuestra debilidad, tibia en la obra de transformación o queda envuelta por las dificultades, sin poder resolver las más apremiantes situaciones de un pueblo que ha hecho la guerra al régimen caído y se halla, por incapacidad de su vanguardia, en el callejón sin salida del trabajo desordenado, de la economía estancada, de las relaciones humanas opresionadas por el resurgimiento de pasados privilegios y poderes!

Si, en cambio, el mismo pueblo que ha seguido la orientación de una tendencia revolucionaria, que siente profundo amor a sus aspiraciones, ve cómo por obra de aquellos impulsores de la Revolución, se van concretando soluciones, en pruebas palpables sobre la practicidad de lo que antes fué ideal, no habrá nada ni nada que pueda desviarle, preocupando con las situaciones que puedan presentarse, por más serias que sean.

La deficiencia en la preparación ideológica de las masas, la falta de visión constructiva para consolidar la Revolución, han de ser compensadas por las organizaciones revolucionarias. A estas, cada día de reconstrucción les plantea problemas a resolver. Crece su responsabilidad. De la precisión de sus consignas y tareas, de su orientación y ejemplo depende su propio desenvolvimiento.

Vana es la acción de los líderes sin arraigo en las masas, cuando en vez de adaptarse a la idiosincrasia y a la voluntad de pueblo insurreccionado o en período reconstitutivo, apeñan a las resacas de la demagogia y de la deslealtad, utilizan todos los medios para

pescar en el río revuelto de las dificultades de la Revolución.

Comprometidos de las entonanzas de la historia, tenicando en la mente los procesos de las grandes revoluciones, procedemos aquí y ahora, cuando somos la fuerza revolucionaria que encarna en sí las esperanzas del pueblo en extensas regiones de España, conociendo la responsabilidad que pesa sobre el anarquismo. A pesar de las condiciones especializadas de nuestra Revolución — guerra, colaboración, bloqueo — nadie podrá decir que las organizaciones mayoritarias de Cataluña han pecado por incapacidad. Por el contrario, ante el mundo todo, la experiencia ya cumplida en el primer paso de la reconstrucción económica y social, ha sido el poderoso talismán que quitó la venda de los ojos a quienes siempre gritaron, por ignorancia o conveniencia partidista, que los anarquistas no sabían más que destruir, atacar y ejercer la acción violenta.

Es el pueblo español esencialmente libertario. Todo en él respira a libertad. Su historia proletaria, la que escribió con sangre y martirio incesante, refleja la potencialidad revolucionaria que pasa de manifiesto, en la marcha difícil hacia su emancipación. Están fundidas a sus propias luchas las de la C. N. T. y de la F. A. I. Por eso el anarquismo militante le hace elevar a las cumbres de los momentos revolucionarios. Y cuando en la Revolución está, confía en la más sólida garantía para su porvenir libre, en las fuerzas y en los hombres del anarquismo.

Este presente que vivimos, en que sostenemos con todas nuestras energías la necesidad de hacer avanzar a la Revolución durante la guerra misma, basta para que el pueblo revolucionario rechace toda fórmula política de tinte autoritario. No pueden cuajar las recetas de los que pregonan, amparados en un pacto que no siempre cumplen en los hechos, las clásicas soluciones del aumento del poder dominante, de la creación de un poder más fuerte, de la implantación de una dictadura llamada proletaria, recetas y soluciones que se traspasarán siempre, y habrían de traducirse si se aplicaron, en renovada esclavitud para el pueblo.

Si el presente nos muestra capaces de luchas y de construir, el futuro es nuestro. Más que en la verborrea de los paladines de nuevas cadenas, depositamos confianza en la obra, en el trabajo que vamos cumpliendo. Sabemos perfectamente que debemos seguir realizando conquistas de carácter revolucionario. Sabemos que los obreros industriales y los campesinos deben tomar toda la producción en sus manos, empleando sus organismos de clase. Por esta obra inmediata, que asegura un porvenir de bienestar y libertad, después de la derrota del fascismo, hace falta un amor intenso a las masas productoras. El anarquismo, que no quiere empujar el látigo de "su" dictadura, invocando al pueblo que en él confía, ni permitirá que nadie lo desearge sobre quienes lo rechazan, tienen en su ideal libertario la savia que nutre toda acción mancomunada. Tiene su intrínseco culto a la libertad propia y a la libertad del pueblo. Con esto, y construyendo día a día la estructura económica y política de acuerdo a sus postulados, ha de seguir siendo lo que hasta hoy: la más popular, la más combativa, la más constructiva fuerza revolucionaria.



Nuestra artillería en el frente vasco

TAREAS

La actividad anarquista debe ser completa en todos los aspectos de la vida social. Máxima en los actuales momentos en los que se van trazando, paso a paso, las instituciones populares, obreras, culturales, técnicas, etc., obstaculizadas constantemente por los que aún sueñan con medidas de trabajo ajeno, con imponer sus pretensiones dictatoriales y políticas. Ten útil, tan imprescindible es que intervengamos con toda nuestra inteligencia en la lucha crucial que se desarrolla en los distintos frentes, como la de atender las cuestiones de organización sindical y el incremento de la colectivización de todas las industrias, como la tarea de seguir atentamente todos los acontecimientos en los barrios, en los pueblos, en los hogares, creando la tónica revolucionaria. Interesando cada vez más a toda la población en lo que significan los postulados del anarquismo, sirviendo a las justicias, a las mujeres, a los maestros, a los intelectuales, a los niños en la labor grandiosa que se debe realizar para lograr que España se convierta en la cuna de la libertad, del trabajo y del bienestar en aumento consecutivo.

Es evidente que la lucha contra el fascismo, contra la baja política, contra los vicios de todos los tiempos, contra las maniobras que tienden a dividir a los obreros entre sí, no sólo es cuestión de armas. La misma fuerza hay que saber duplicarla con inteligencia y organización. Nuestras fuerzas deben distribuirse, pues, en todos los campos de la vida social. Desde el taller, la fábrica, donde núcleos de camaradas se encarguen de mantener la propaganda, de estudiar los aspectos técnicos de impulsar a los demás compañeros al estudio y a la actividad, procurando vincular la actividad particular a la actividad general, evitando que se influyan los elementos perturbadores y desmoralizantes frente a los obreros para que éstos los repudien. Desde el Sindicato desarrollando una labor de estadísticas, de lucha, de adiestramiento y de perfeccionamiento continuo de la producción, evitando a voluntarios y consecuentes, en las milicias, procurando la conciencia libertaria de todos, programando la unidad obrera sobre las bases revolucionarias de la C. N. T. y de la F. A. I. Desde el barrio donde se vive conjuntamente con el grupo, creando grupos de veñeros, grupos de mujeres simpatizantes libertarias, para estimular la educación, para trazar planes de embellecimiento e higienización de los barrios, grupos de defensa contra todo intento contrarrevolucionario, interesando a los intelectuales y a los técnicos en el aumento de la difusión de la cultura. Desde la milicia, encargándose de distribuir y aclarar la propaganda libertaria, combatiendo los gérmenes del autoritarismo, perfeccionando los conocimientos de ataque y de defensa, aumentando los efectivos en armas y municiones, manteniendo vivo el espíritu de las camaradas, etc., prestando atención a las relaciones internacionales con los movimientos obreros y revolucionarios de tendencia libertaria y de los que pueden ser influenciados, en la atención a los distintos frentes, procurando que la propaganda y la organización libertaria vayan cobrando impulso en todas las regiones, dedicándose especialmente a aquellas partes donde aún se nota cierta debilidad de nuestros cuadros o ausencia de propaganda.

Una de las cuestiones importantes que no deben descuidarse, es saber atraer nuevos elementos y militantes y aun aprovechar las buenas disposiciones de los que, sin tener ideología, pueden, no obstante, colaborar con su trabajo en magníficas realizaciones. Debemos hacer intervenir, en los trabajos populares, al mismo pueblo, acostumbrándolo a desenvolverse por su propia cuenta.

Gran parte de dichas iniciativas ya han sido iniciadas con éxito e inteligencia por los camaradas con la creación de los Ateneos Libertarios.

COMPAÑERO CAMPESINO, ESCUCHA

Nosotros queremos quitar la tierra al que no la trabaja. Queremos quitarla al que tiene más de lo que puede cultivar.

Sabemos que la mayor parte de los pequeños propietarios del campo vivirán mucho mejor, si la sociedad fuera más justa. Comprendemos su amor a la tierra, que le suministra los medios de existencia. Por estas razones, no pensamos atacar al pequeño propietario.

Pero sabemos que el trabajo da mucho más resultado cuando la tierra se cultiva en común.

Si diez pequeños propietarios suprimen las divisiones entre sus campos, podrán servirse de las máquinas modernas que disminuirán su trabajo. En cambio el pequeño propietario aislado no puede comprar esas máquinas, y debe trabajar terriblemente para obtener las cosechas. Además, su aislamiento le deja indefenso en los años malos.

Si se trata de un trabajo que no requiere, como el trigo y otros cereales, la máquina agrícola, si se trata, por ejemplo, del cultivo de plantas hortícolas el trabajo en común da también excelentes resultados.

Alrededor de las grandes ciudades europeas se hacen tres o cuatro cosechas al año gracias a la forma de cultivo moderno. Pero para esto se necesitan instalaciones especiales de cañerías, calefacción, estufas, invernaderos, se necesita emplear elementos químicos especiales, y esto resulta demasiado caro para el campesino aislado. Sólo pueden emplearlo los que trabajan en las colectivizaciones, o los propietarios que explotan ocho, diez o más obreros.

Para disminuir tu esfuerzo o para conseguir lo menos el doble de productos, necesitas, compañeros campesinos, trabajar la tierra en común.

Esto no significa que pretendemos imponértelo por la fuerza. Quien te lo dice quiere. Sabemos que, con el tiempo, al ver los mejores resultados obtenidos, los que no se convencerán en seguida irán convencidos después.

Pero queremos ponerte en guardia contra los que procuran aumentar las pequeñas propiedades existentes, y te dicen que la pequeña propiedad es necesaria.

Lo hacen para ponerte contra nosotros, para que la división entre los trabajadores del campo y los de la ciudad no les permita volverse, juntos, contra los que los mantienen en la miseria.

Del folleto editado recientemente por el Comité Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña (F. A. I.), titulado "Compañero campesino, escucha".

EL TRABAJO EN MANOS DE LOS PRODUCTORES

por J. MACUÍD

En los primeros días de la organización proletaria, desde la Asociación Internacional de los Trabajadores, se acentuó la base fundamental de la acción obrera al afirmar que la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos.

Inspirados en ese lema lucharon y siguen luchando las masas asalariadas del mundo. Para romper sus cadenas crearon y dieron vida a los Sindicatos. En defensa de sus derechos emplearon toda la fuerza de su unión consciente, arrancando conquistas a la clase patronal y a los gobiernos, al servicio de esa clase patronal siempre.

Apartarse de esa verdad sencilla y profunda, fué el trágico error de las grandes multitudes aprisionadas en el marco de las leyes burguesas. El análisis de cada una de las derrotas, de todo retroceso del movimiento obrero en cualquier país, nos lleva a la misma conclusión. Se deben estas derrotas y estos retrocesos a la enajenación de la fuerza poderosa del proletariado a partidos y hombres ligados al engranaje económico y político del capitalismo.

Al proclamar que la organización, que la unión internacional de los explotados era la única solución para ellos, se hizo una objetiva afirmación anarquista. Estamos hoy ante el caos y frente al fascismo dominante en numerosos países, por haber olvidado las fuerzas proletarias que quedaban encadenadas si se sometían al juego de la burguesía, interviniendo en sus jefes a los propios trabajadores desde los altos estrados de los Estados capitalistas. Quedó en pie firme esta verdad. Aprendieron los trabajadores a luchar a un reformismo impotente, que la burguesía se ríe de ellos si no le muestran el puño, si no atacan sus intereses con la huelga, la amenaza, la protesta, la insurrección. Vienen desastrosos tras desastros, allí donde estaban agrupados en millones y millones, obedeciendo normas legales, entrando en luchas políticas engañosas que mostraron su capacidad revolucionaria. Todos las furias del infierno se desataron en pleno siglo veinte, primero en la Gran Guerra, llevándolos como a bestias al matadero sinicero en que se asesinaron entre hermanos, y después con el fascismo, último recurso de un sistema inicuo, fraccionado, brutal y sanguinario contra la clase oprimida.

De nuevo la proclama de la Primera Internacional brilló como verdad reconocida. El anarquismo, única fuerza que siguió intránsigente manteniendo enhiesta la bandera del libertario y revolucionario Bakunin, vivió durante largos años de dolor la tragedia proletaria. Sufrió la huelga y la persecución de sus hermanos de ayer, borrachos por la perspectiva de un triunfo fácil en las urnas electorales que la burguesía les ponía como trampa. Predicó y realizó la acción directa. A cada fracaso, volvía a llamar a los obreros armados por la corriente desviadora. Ante cada derrota, levantó su bandera, repitiendo lo mismo: nada tenemos que hacer con nuestros explotadores; debemos emplear nuestras propias fuerzas para emanciparnos.

Cuando hubo victoria, fué por haber aplicado el proletariado todo el peso de sus fuerzas en la resistencia y en la ofensiva. Fué en la huelga. Fué en la Revolución.

Ahora estamos usando la fuerza para vencer al fascismo. Ahora estamos tomando la vida toda y organizamos de nuevo. La verdad sigue siendo única. Como antes de la Revolución, vale nuestro lema: nuestra emancipación será obra de nuestras propias fuerzas, de nuestra propia capacidad.

Guilemos nuestros pasos, nosotros que hemos visto que todo lo podemos si tenemos voluntad revolucionaria, por el camino de la acción propia, del esfuerzo y de las conquistas de nuestros brazos y de nuestra inteligencia. Construyamos aprisa, pero midiendo cada paso, cada labor, para ser eficaces, seguros.

Hemos hecho la Revolución para ser dueños de nuestro destino y forjar el porvenir según el dictado de nuestra conciencia. Antes de ella debimos obrar contra el burgués y el gobernante, en defensa del pan y de la libertad. Hoy debemos organizar el trabajo, sin confiar en otra fuerza que la nuestra, sin hipotecar a terceros la realización de nuestro sueño de ser libres e iguales.

La base de nuestra obra es también sencilla: siendo los productores, siendo los trabajadores en todos los aspectos de la producción y de la vida social, somos los únicos que tenemos el derecho y el deber de organizar el trabajo, de determinar en los problemas de la producción y el consumo. Ha llegado la hora de realizar la aspiración transformadora. Es la hora de los productores emancipados. La organización, que nos sirvió como arma formidable de defensa, debe ser ahora destinada a la obra reconstitutiva. Tenemos las bases de la nueva estructura económica: los Sindicatos. Tenemos la base de la producción: tierras, máquinas, herramientas, materias primas, medios de transporte. Obreros, campesinos, técnicos, estamos demostrando capacidad para ordenar y multiplicar la producción en circunstancias tan difíciles como las presentes. Tenemos, pues, los medios y sabemos utilizarlos en provecho de la colectividad. ¿Qué esperamos para poner en práctica la organización total del trabajo en la industria, en el campo, eligiendo las normas solidarias que asegurarán el imperio de la justicia social?

Nuestra emancipación debemos forjarla nosotros, trabajadores. Tomemos con brío la herramienta — el Sindicato de la industria, el Sindicato agrícola, la Comuna, la colectivizada tierra — y seamos, al fin, artífices del mundo nuevo.

Cuando afirmamos que ha llegado el momento de estructurar los Sindicatos por industria, de socializar la producción y el consumo, de centralizar federativamente los órganos de producción y el consumo de la ciudad y del campo, en todo el país; cuando invitamos a crear organismos de relación dentro de un mismo ramo de trabajo; cuando decimos que cada Sindicato o Comuna, cada Consejo o Comité coordinador ha de organizar estudios técnicos, estadísticas, intercambios, etc., no hacemos otra cosa, camaradas, que traducir en soluciones propias del momento, la misma vieja premisa: LA EMANCIPACION DE LOS TRABAJADORES HA DE SER OBRA DE SUS PROPIAS FUERZAS.

Para eso estamos en Revolución. Para que el trabajo esté en manos de los que trabajan para que se construya la economía socialista, reuniendo inteligentemente todas las capacidades con un objetivo común: producir para todos, distribuyendo equitativamente el resultado del esfuerzo de todos.

No es el estado de guerra, quien puede impedirlo. Por el contrario. A la natural trayectoria de la Revolución de carácter social, se suma la exigencia cada día más apremiante de esa organización del trabajo para mayor rendimiento en beneficio de la victoria.

Trabajadores: VUESTRO ES EL PORVENIR, A CONDICION DE QUE LO FORJEIS DESDE AHORA MISMO. FORJADLO SIN TEMOR. DAIS VUESTRA SANGRE EN LOS CAMPOS DE BATALLA. SOIS LOS DEPOSITARIOS DE LA CONFIANZA DE TODOS LOS EXPLOTADOS DEL MUNDO. ¡ADELANTE, PUES! ¡ORGANIZAD SOBRE LA MARCHA LA ECONOMIA DEL TRABAJO EMANCIPADO!



Por España en armas

En las grandes capitales del mundo, desde Buenos Aires a Nueva York y desde Londres a Tokio; en los últimos puebluchos de América, en las más apartadas aldeas de Europa; en las terribles cárceles que son Alemania, Italia o Austria; desafiando la muerte y el terror, la tortura sádica y la cárcel infecta; sacando el pan de su boca, reuniendo céntimo a céntimo, se trabaja y se lucha por la España proletaria, por nosotros, por ti, que nos lees.

No hay tirano en la tierra que pueda ahogar con sus esbirros y su furia represiva el sentimiento que el proletariado, que los hombres y las mujeres conscientes del universo hacen fructificar en el mitin solidario, en los viveres, en las armas, en el oro que nos llega de las manos fraternas de los individuos y de las

masas de la Internacional antifascista.

Despierta el mundo, arde en el espíritu de justicia, brotan aquí y allá, las jornadas previas a los grandes cambios sociales. Es que España revolucionaria marca un nuevo instante, en el correr de los siglos; un sagrado instante que conmueve a todos los explotados y oprimidos de la tierra. Es que nuestro triunfo — proclama hecha en todos los países — es el resurgimiento, el florecimiento de las acciones de la clase obrera, aplastada casi por el avance de las hordas fascistas, por la reacción brutal, por el desencfreno del capitalismo en crisis. Es un nuevo impulso dado a la Revolución mundial. Demos todas nuestras fuerzas, para que el mundo se libere con nuestro triunfo.

DURRUTI

Un anarquista íntegro

En estos días se pondrá a la venta el interesante folleto "Durruti, un anarquista íntegro", escrito por nuestro camarada A. G. Gilibert, y editado por TIERRA Y LIBERTAD.

Se trata de la biografía de nuestro camarada muerto en la defensa de Madrid, vinculando su vida en el proceso de la Revolución española.

Consta de 32 páginas, tamaño mayor, impreso en papel conchó, con varias fotografías intercaladas y se venderá al precio de cincuenta céntimos.

"Durruti, un anarquista íntegro", consta de los siguientes temas:

- I. Umbral.
- II. Durruti.
- III. La revolución libertaria de Figols.
- IV. De enero de 1933 a octubre de 1934.
- V. Durruti y las elecciones de febrero.
- VI. El 19 de julio y la Columna Durruti.
- VII. La muerte de Durruti.
- VIII. El entierro de Durruti en Barcelona.
- IX. Recuerdo póstumo a Durruti.